

La esperanza cristiana

Ricardo Vicente López

Quien anhela ser eternamente joven ignora la esencia de la libertad. Envejecimiento, sabiduría y eternidad van juntas.

Olegario González de Cardedal

La tarea de pensar el tema de la esperanza se enfrenta hoy ante una dificultad que no es nueva, pero que se presenta ante nuestra mirada con una dimensión que asusta en esta época de fuertes escepticismos. Sólo proponiéndonos el ejercicio de alejarnos de lo *inmediato* y *superficial cotidiano*, es decir las cosas de todos los días, para retroceder mentalmente hasta un punto en que, por la distancia, se nos amplíe el campo de nuestra mirada sobre nuestro tema, podremos estar en condiciones de advertir su verdadera dimensión y profundidad. Desde ese punto podemos comenzar a pensar en el *misterio del hombre*. Puesto que sólo desde ese punto de partida la *esperanza* se presenta con *toda su densidad*.

La maravilla de la creación, con todas sus infinitas variaciones aparece ante nuestra mirada como un espectáculo excepcional. Sin embargo, a los ojos de Dios, ese mundo no estaba completo. Debía aparecer un ser que se hiciera cargo de todo ello para darle un sentido y un valor sin el cual todo parecería incomprensible. Y creó al hombre y a la mujer para que reinaran sobre todo lo creado. Si la naturaleza y el cosmos se nos aparecen como un enorme misterio, infinito, exorbitante, inabarcable, cómo no detenerse a pensar la dimensión de la tarea que Dios les encomendó al hombre y a la mujer. Quiénes somos, por qué nos creó a "su imagen y semejanza" si no es que confió en nuestra capacidad de darle un sentido a la vida de toda la creación, y ese sentido que recibimos de Él sólo nosotros podemos interpretar y sólo nosotros, los hijos de Él, tenemos que testimoniar. Las pequeñas cosas de todos los días nos sumergen en un mar de "detalles" que nos hacen perder el más vasto horizonte en el que se inscribe nuestra misión. Somos aquellos que Dios creó y en nosotros depositó su confianza. Esa es la respuesta que espera de nosotros.

De allí que nuestra presencia está destinada a proyectarse en varias dimensiones, encontrando en esa proyección nuestra verdadera esencia, nuestra vocación, nuestro destino. Y todo ello se nos aparece con mucha claridad porque nos envió a Su Hijo como modelo de lo que debíamos construir en cada uno de nosotros. Él nos enseñó a abrirnos hacia el futuro, hacia el Reino de Dios, porque vamos a encontrar allí el camino que nos lleva a la verdad de nuestro ser, aquello que estamos *llamados a ser*, a esta dimensión la llamamos vocación (vocare = llamado). Pero para lograr construir ese futuro con solidez es necesario sustentarlo en el pasado en que se entierran nuestras raíces. En ese pasado podemos encontrar nuestras tradiciones que nos hablan de la historia, historia que siempre es la de una comunidad, en este caso la nuestra. Es de ese pasado, que en nuestra tierra latinoamericana se tejió con las más viejas tradiciones judeocristianas e indoamericanas, del que debemos recoger lo mejor de sus enseñanzas y desde ellas crecer en nuestra *identidad cristiana*. De ese modo el presente encuentra un piso consistente sobre el cual edificar nuestra vida. Vida que es siempre despliegue en el presente, pero presente denso por la gravidez de pasado y la proyección hacia el futuro.

Así, pasado, presente y futuro, en su dimensión de tiempo, deben proyectarse hacia arriba en la dimensión trascendental, hacia esa zona más profunda del misterio en la que muchas preguntas sólo encuentran respuestas en la Fe, y desde ella la *comunicación con Dios* revela un modo particular de ser humano para completarse en la integración de esas dimensiones. En esa comunicación, que se hace diálogo, encontramos la profundidad del misterio del hombre, su exclusividad dentro de la creación, su privilegio, su llamado a convertirse en hijo y hermano de todos sus semejantes. El recuerdo nos lleva, entonces, al ejemplo maravilloso de san Francisco que llamaba hermano a todo lo existente. Es así que la identidad adquiere la experiencia de su unicidad, de su irrepitibilidad, de su *ser persona*.

En nuestra experiencia de ser persona, de haber sido *creados* como seres únicos e irrepetibles, podemos encontrar dentro nuestro, en nuestra *dimensión interior*, la riqueza inmensa que se alberga en nuestro corazón con la infinitud de la presencia de Dios. De este modo la limitación de haber nacido en un tiempo y en un lugar determinado, lo que constriñe a límites precisos de espacio y tiempo, se ve potenciada por la presencia de lo Absoluto. Desde ese complejo entramado de encuentros, de tiempos y de eternidad, de limitaciones e infinitud, aparece el hombre en la verdadera magnitud de su dimensión: ser creado a imagen y semejanza de Dios.

Ahora, desde estas consideraciones, tal vez nos sea más fácil volver al tema de la esperanza. La posibilidad de pensarla, para hacerla carne, radica en ese misterio insondable de haber sido creados "a imagen y semejanza". Porque desde la comprensión y aceptación de ese privilegio, de la misión encomendada que implica el proyecto de "ser como Dios", así como nos fue revelado en la presencia de Su Hijo en la tierra, la esperanza se fundamenta en Dios, ya no depende de nosotros solamente, no es de nuestra pequeñez y finitud que depende la posibilidad de lograrlo, sino del amor sin condiciones que nos es ofrecido y que Su Hijo nos testimonió. Esa esperanza tiene el aval de la Promesa que ofreció en la Alianza, en la promesa que hizo a Moisés: "Yo estaré contigo", y que su palabra sostiene. Pero esa esperanza no debe ser convertida en resignación frente al presente, por la seguridad de ser recompensado en el "Reino de los Cielos", porque Jesús nos dijo que el Reino ya llegó, está aquí entre nosotros, y es aquí en la tierra donde debemos ayudar a construirlo con nuestro compromiso.

Compromiso que se testimonia cotidianamente, en nuestra relación con todos los que nos rodean, alimentado por la Fe que sostiene a la esperanza. La vida adquiere así un sentido trascendente, que rebasa el tiempo que vivimos y el espacio que ocupamos, proyectada hacia un futuro que será también la consecuencia de nuestro aporte a su construcción. Ese futuro será lo que todos y cada uno de nosotros haga, porque Dios puso la historia en nuestras manos para que fuera haciéndose bajo su amorosa mirada.

El hombre frente a lo cotidiano

La consideración del presente nos permite analizar la cantidad de dificultades que la esperanza debe enfrentar. Para ello debemos tomar en cuenta que nuestra situación social es el producto de una larga historia que comienza hace ya mucho tiempo, en Europa, con la aparición de una filosofía de vida que privilegió la obtención de bienes materiales como fin del hombre. Esta filosofía fue impregnando los tejidos de la cultura americana desde el siglo XIX. Podemos denominar a esta cultura, sin prejuicios de ninguna naturaleza, la *cultura burguesa*. Entendiendo por ella un modo de vivir, una cosmovisión, que comenzó con la experiencia histórica de los siglos XVI en adelante dentro del espacio cultural de la Europa occidental naciente. En ella la realización de la persona está medida por la cantidad de bienes obtenidos.

El siglo XX ocultó esa modalidad tras la necesidad de lograr un "mínimo de confort", lo que le otorgó a ese modo de vida la justificación que le permitió convertirse en un objetivo legitimado de vida. Nuestros dichos populares dan ejemplo de ese modo de pensar: "Tenés que ser algo en la vida, sino qué vas a comer", "hay cosas mínimas a las que uno no puede renunciar", tras lo que se esconde una justificación para ocuparnos primaria y fundamentalmente de nosotros mismos. La segunda mitad del siglo XX dio rienda suelta al consumo, esto se vio favorecido por un mejoramiento de los ingresos y las facilidades financieras que ofreció el crédito. Cada vez más cantidad de gente en el mundo occidental logró poseer bienes materiales antes posible sólo para unos pocos, lo cual se verificó en un crecimiento de las clases media de los países desarrollados o en vía de ello.

La incorporación de estas capas media al consumo, en diferentes niveles de acuerdo a los ingresos percibidos, llevó a pensar que este era el modelo de sociedad deseable, algo que se asemejaba al *american way of life* –el modo de vida americano–. Porque pudimos tener y acceder a muchas cosas, creímos que era lo mejor. Sin embargo, esa incorporación de sectores amplios a ese consumo, no permitió ver que quedaban

fuera de ese proyecto de vida una cantidad de pobres que iría en aumento a medida que transcurría el final de siglo. La última década de ese siglo mostró descarnadamente que el reparto de riquezas se fue restringiendo, concentrándose en cada vez menos manos. Hasta llegar a este comienzo del siglo XXI en el que, según el Banco Mundial, unas pocas personas detentan en el mundo una fortuna que alcanzaría para alimentar a los dos mil millones de personas indigentes y la fortuna de las 88 personas más ricas del mundo es igual al ingreso nacional de China. Nunca la historia del hombre había presenciado una polarización de los bienes de esa magnitud.

La verdad de este sistema de vida que comenzó allá lejos en Europa, el *capitalismo*, que Juan Pablo II denominó *salvaje*, es el marco social actual de la *globalización*. Así es que las consecuencias de ese sistema están instaladas en nuestra América. Una intensa e incesante prédica de los *medios* nos intentó convencer que era algo bueno y que tenía que ser así, porque en todo el mundo era así. Es cierto que la corrupción generalizada en las capas dirigentes han aportado material de sobra para que esto ocurriera, pero esto no debe hacernos perder de vista que el fenómeno, con distintos matices, se puede encontrar en todo el planeta, incluidos los países ricos, en lo que el Papa llamó el "cuarto mundo". Las dos terceras partes de la población mundial están bajo la línea de pobreza, situación que se agrava en la franja de edad que está por debajo de los quince años. En América Latina más de la mitad de los niños son indigentes.

Este cuadro pintado con colores tan intensos y dramáticos pareciera hacernos abandonar toda esperanza, por la disparidad de fuerzas en que se debate el tema en la actualidad: los poderosos son cada vez más poderosos y los débiles también lo son cada vez más. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) denuncia que: «Los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres». Esto no puede ser negado.

El principio central del neoliberalismo: liberalización y privatización de las economías, parte de la idea de que de ese modo se va a desarrollar la economía, a través de una perfecta competencia, tanto en el plano internacional entre los países, como en el plano nacional entre la gente que va de compras. Pero en la realidad, esto es falso. Ni los países son iguales ni la gente lo es en cada país. Y ya hemos visto que cuando se propicia la competencia entre *desiguales*, siempre ganan los *más fuertes*. Cuando el Estado no interviene como mediador y redistribuidor de la riqueza producida: los ricos ganan cada vez más, siempre sucede así.

Cómo tener esperanza

Lo primero que tenemos que hacer es olvidarnos de éxitos de corto plazo. Estamos algo deformados históricamente por años de estar depositando nuestras esperanzas en cambios milagrosos, creyendo en la oferta de ciertos grupos políticos que prometía lograrlo de inmediato –promesas electorales–. Pusimos todas nuestras energías en apoyar a esos grupos políticos para que accedieran al poder y cambiaran las cosas. Nos desentendimos de nuestra obligación de ser partes responsables de lo que sucedía. El resultado es evidente, no vale la pena comentarlo.

Nuestra perspectiva debe ser otra: hay que ir pensando que el camino va a ser muy largo pero que hay que comenzar a caminar ya, haciendo tomar conciencia que de esta situación *se sale entre todos o no se sale*. Esto va a ser lento y, como es relativamente nuevo para muchos de nosotros, debemos estar dispuestos a aprender. Debemos estar atentos a los engaños. Esta historia no es nueva, si recordamos, la vida de Jesús puede darnos infinidad de ejemplos de que Él se encontró con cosas parecidas y allí nos enseñó cómo comprometerse con las cosas de este mundo, señalando las injusticias y mostrando el camino de su reparación. Sin embargo, la realidad no debe ser vista como un obstáculo que impida avanzar. En esa marcha deberemos aprender también a buscar entre nosotros a aquellos que se comprometan en la construcción de horizontes mejores. Es el modo en que se presenta la vida y en el que debemos aportar nuestra contribución. Es decir, ser partes de la evangelización, entendida ésta como la prédica y la práctica de ser cada día un poco mejor y exigirlo a los otros dando nuestro ejemplo.

Más de una vez se han utilizado algunos textos bíblicos para justificar situaciones económicas y políticas del mundo actual. Por ejemplo, una de las frases que se ha repetido es "siempre habrá pobres". Como de esa cita se han hecho eco muchas personas de *buena voluntad y creyentes sinceros*, esto induce a pensar la pobreza como una contingencia "casi natural", como una fatalidad que no se puede evitar. Revisemos esto para no dejarnos arrastrar por derrotismos o fatalismos que desembocan en escepticismos sociales. La situación en que se encuentra nuestra América Latina y la pobreza generalizada en el resto del mundo nos impone aclarar estos temas. El avance de la pobreza y la miseria extrema son ya parte estructural de este modo de globalización que se ha impuesto.

Un estudioso del tema, Carlos H. Abesamis¹ (1934-2008), en un artículo publicado en la revista *Concilium* de febrero de 1993 al analizar las bienaventuranzas afirmaba:

Bienaventurados vosotros que sois pobres, porque vuestro es el reino de Dios... el reinado-reino de Dios significa justicia y liberación para los pobres y los oprimidos. Para comprenderlo así, hay que tener en cuenta que: 1) los 'anawim de la bienaventuranza original eran no sólo los pobres, sino también los pobres y oprimidos; 2) la bienaventuranza, como otras bienaventuranzas, son proclamación de la salvación. Si conjuntamos ahora estas dos nociones, es decir, si nos preguntamos cuál es la salvación que va ofrecerse a los pobres y oprimidos, veremos que el "reino de Dios" de que se habla en esta bienaventuranza es precisamente la justicia y la liberación de los pobres y oprimidos.

Cabe agregar que en la Biblia, además de *'anawim*, se usan otros dos vocablos: uno es *aní* que puede traducirse literalmente por humillado u oprimido, de éste dice la Biblia "no debe haber *Aní* en medio de Uds..."; el otro es *ebion* que se debe traducir por el sufriente, el necesitado, el que carece porque "tuvo mala suerte", de este afirma "nunca faltará el *Ebion* en esta tierra...". Para estas tres palabras sólo se utilizó *pobre* para su traducción al latín, lo que dio lugar a malas interpretaciones. Por ello es necesario que, ante tanta injusticia y tanto sufrimiento, no caigamos en interpretaciones que nos empujan al error de *aceptar lo que es inaceptable*, y que puede ser usado por aquellos que desean que nada cambie porque medran con el padecer de otros.

En las palabras de Juan Pablo II, podemos leer en las afirmaciones que hizo en Chalco, México, el 7 de mayo de 1990, el uso de estos conceptos:

La pobreza que Dios llamó bienaventurada está hecha de pureza, de confianza en Dios, de sobriedad y de disponibilidad para compartir con los otros, de sentido de la justicia, de hambre del Reino de los cielos, de disponibilidad para escuchar la palabra de Dios y guardarla en el corazón. La pobreza que oprime a una multitud de nuestros hermanos en el mundo y que frena su desarrollo integral como personas, es diferente. De cara a esta pobreza que es carencia y privación, la Iglesia eleva la voz invocando y suscitando la solidaridad de todos para vencerla.

Por lo tanto, debemos hacer una diferenciación. Una cosa es el pobre en sentido sociológico, es decir, el pobre económicamente hablando, el oprimido, el que carece de medios para vivir, otra el pobre en sentido espiritual, el humilde de corazón, que pone su confianza en Dios porque es consciente de sus limitaciones. A los primeros se los debe ayudar y denunciar la injusticia de su situación, por lo que se debe luchar para terminar con ella. Diferente es el caso de los segundos, de ellos sí se puede decir que "habrá siempre" y es deseable que los haya.

Son los que forman esa enorme legión de gente sencilla, de buen corazón, dispuesta a la solidaridad aunque no sea mucho lo que les sobre. Sobre este equívoco ironizaba Don Helder Cámara² (1909-1999). El gran obispo de Brasil, solía decir con mucha ironía:

¹ Teólogo jesuita representante en las Filipinas de la teología de la liberación, fue erudito bíblico y especializado en el concepto de la liberación total y el Reino de Dios, que son conceptos clave en la teología de la liberación. Fue profesor de teología bíblica asiática en la Escuela Loyola de Teología y el Centro Teológico Inter-congregacional.

Si le doy de comer a los pobres, me dicen que soy un santo. Pero si pregunto por qué los pobres pasan hambre y están tan mal, me dicen que soy un comunista.

Porque, es claro, se puede hablar de los pobres con una actitud de simple caridad –no siempre bien interpretada– y tratar de ayudarlos, pero eso, aun siendo necesario no es suficiente porque no puede resolver el problema estructural. Allí encuentra una significación más profunda la ironía del obispo: preguntar por las causas de tanta pobreza – hablar de la economía, de la política, de la explotación del oprimido, hablar de un sistema que se alimenta y crece a partir de la pauperización de más de dos tercios de la población mundial– es ser sospechoso.

Somos la "sal de la tierra" y la "levadura que eleva la masa"

Dice González de Cardedal que:

El hombre sabe que en un sentido todo será nuevo y en otro nada será del todo desconocido. Dios es el siempre conocido, aun cuando sea siempre sorprendente. En el cristianismo la esperanza es la desembocadura de una historia determinada por la promesa de Dios y la fidelidad del hombre. Y, sin embargo, a la vez, es la espera de lo Absoluto insospechable.

Ser cristiano es ser, necesariamente, esperanzado, porque debemos ser el testimonio vivo de que todo lo que es malo en este mundo no es querido por Dios. Por ello, contamos con Él para cambiarlo todo, para construir juntos a nuestros hermanos un mundo mejor, más solidario, más equitativo, en el que nuestra vida se juegue siempre en la "opción preferencial por el pobre". Los cristianos no debemos tener esperanza, debemos ser esperanza vivida y testimoniada, porque nuestra fe está depositada en la promesa del Reino que "ya está entre nosotros" y por ello estamos invitados a su construcción.

² Sacerdote brasileño, importante Obispo de la Iglesia Católica, impulsor de la opción preferencial por los pobres, de lo que se llamó Teología de la liberación.